



La Santa Sede

LA MISA MATUTINA TRANSMITIDA EN DIRECTO
DESDE LA CAPILLA DE LA CASA SANTA MARTA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

"La Dolorosa, discípula y madre"

Viernes, 3 de abril de 2020

[[Multimedia](#)]

Introducción

Hay gente que desde ahora empieza a pensar en el después: el después de la pandemia. A todos los problemas que vendrán: problemas de pobreza, de trabajo, de hambre... Oremos por todos los que ayudan hoy, pero piensan también en el mañana, para ayudarnos a todos nosotros.

Homilía

Este Viernes de Pasión, la Iglesia recuerda los dolores de María, Nuestra Señora de los Dolores. Una veneración del pueblo de Dios que tiene siglos de historia. Se han escrito himnos en honor a Nuestra Señora de los Dolores: estaba al pie de la cruz y la contemplan allí, sufriendo. La piedad cristiana ha recogido los dolores de la Virgen y habla de los "siete dolores". El primero, sólo 40 días después del nacimiento de Jesús, la profecía de Simeón que habla de una espada que traspasará su corazón (cf. *Lc 2,35*). El segundo dolor se refiere a la huida a Egipto para salvar la vida de su hijo (cf. *Mt 2,13-23*). El tercer dolor, esos tres días de angustia cuando el niño se quedó en el templo (cf. *Lc 2,41-50*). El cuarto dolor, cuando Nuestra Señora se encuentra con Jesús en el camino al Calvario (cf. *Jn 19,25*). El quinto dolor de Nuestra Señora es la muerte de Jesús, ver al Hijo allí, crucificado, desnudo, muriendo. El sexto dolor, el descenso de Jesús de la

cruz, muerto, y lo toma en sus manos como lo había tomado en sus manos más de treinta años antes en Belén. El séptimo dolor es el entierro de Jesús. Y así, la piedad cristiana sigue este camino de Nuestra Señora que acompaña a Jesús. Es bueno para mí, por la tarde, cuando rezo el Ángelus, rezar estos siete dolores como recuerdo de la Madre de la Iglesia, cómo la Madre de la Iglesia con tanto dolor nos ha dado a luz a todos.

La Virgen nunca pidió nada para sí misma, nunca. Sí para los demás: pensemos en Caná, cuando va a hablar con Jesús. Nunca dijo: "Soy la madre, mírenme: seré la reina madre". No lo dijo nunca. No pidió algo importante para ella, en el colegio apostólico. Sólo acepta ser madre. Acompañó a Jesús como discípula, porque el Evangelio muestra que siguió a Jesús: con sus amigas, mujeres piadosas, seguía a Jesús, escuchaba a Jesús. Una vez alguien la reconoció: "Ah, ahí está su madre", "Tu madre está aquí" (cf. *Mc* 3,31)... Seguía a Jesús. Hasta el Calvario. Y allí, de pie... la gente seguramente decía: "Pobre mujer, lo que sufre", y los malos seguramente dijeron: "Ella también tiene la culpa, porque si lo hubiera educado bien esto no habría acabado así". Allí estaba, con el Hijo, con la humillación del Hijo.

Honrar a la Virgen y decir: "Esta es mi Madre", porque ella es la Madre. Y este es el título que recibió de Jesús, justo ahí, en el momento de la Cruz (cf. *Jn* 19,26-27). Tus hijos, tú eres Madre. No la nombró primer ministro ni le dio títulos de "funcionalidad". Sólo "Madre". Y luego, los Hechos de los Apóstoles la muestran en oración con los Apóstoles como una madre (cf. *Hch* 1,14). Nuestra Señora no quiso quitarle ningún título a Jesús; recibió el don de ser su Madre y el deber de acompañarnos como Madre, de ser nuestra Madre. No pidió para sí misma ser cuasi-redentora o una co-redentora: no. El Redentor es uno solo y este título no se duplica. Sólo discípula y madre. Y así, como madre debemos pensar en ella, debemos buscarla, debemos rezarle. Ella es la Madre. En la Iglesia Madre. En la maternidad de la Virgen vemos la maternidad de la Iglesia que recibe a todos, buenos y malos: a todos.

Hoy nos hará bien detenernos un poco y pensar en el dolor y las penas de Nuestra Señora. Ella es nuestra Madre. Y cómo los ha llevado, cómo los ha llevado bien, con fuerza, con llanto: no era un llanto falso, era su corazón destrozado por el dolor. Nos hará bien detenernos un poco y decirle a Nuestra Señora: "Gracias por haber aceptado ser Madre cuando el Ángel te lo dijo, y gracias por haber aceptado ser Madre cuando Jesús te lo dijo".

Oración para recibir la Comunión espiritual:

Las personas que no pueden recibir la comunión hacen ahora la comunión espiritual.

Creo, Jesús mío, que estás realmente presente en el Santísimo Sacramento del altar. Te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi alma. Ya que no puedo recibirte sacramentalmente ahora, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Y como si te hubiese recibido, me abrazo y me uno todo a ti. No permitas que jamás me aparte de ti.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana